

DE BUENAS LETRAS

De verdades y etcéteras que sobran

EDUARDO CASTRO De la Academia de Buenas Letras de Granada

De un tiempo a esta parte se ha puesto de moda responder a todas las preguntas con la muletilla «La verdad es que...». Da igual que la respuesta sea positiva o negativa: «La verdad es que sí» o «La verdad es que no» no faltan ya hoy en ninguna conversación. En la mayoría de los casos, además, los interpelados eliden el verbo, dejando su respuesta en «La verdad que sí» o «La verdad que no». Aunque se trata de un latiguillo relativamente reciente, ha conseguido imponerse ya en nuestro lenguaje cotidiano con categoría casi de regla oral de obligado cumplimiento, de manera que «La verdad que sí» o «La verdad que no» son ahora las respuestas más repetidas en las entrevistas de radio o de televisión, y toquemos madera para que no terminen siéndolo también en las de prensa escrita. Porque no parece que vaya a ser una moda pasajera, ni mucho menos. Al contrario, para mayor gloria de tan innecesaria como repetida muletilla, «la verdad es que» no se emplea exclusivamente para responder, ni solo en las entrevistas o tertulias periodísticas, sino que ha llegado también con patente de corso a la ficción audiovisual, campando a sus anchas en las series televisivas más populares, por lo que su expansión lingüística parece ya imparable, cuando «la verdad es que» sobra. Con lo fácil

que es contestar simplemente «Sí» o «No», ¿acaso nuestra respuesta sería mentira sin más añadidos? Desnudémosla, pues, de verdades innecesarias.

En cuanto a los 'etcéteras', recordemos al inolvidable Fernando Lázaro Carreter, quien no dudó en calificar de «auténtico dislate e inmensa necedad» el invento de 'un largo etcétera'. Dado que no se trata de un nombre o sustantivo, sino de una forma pronominal cuya acepción comprende ya «todas las demás cosas o personas», la palabra 'etcétera' no puede llevar artículo, ni tampoco adjetivo, como explicaba en su día el autor de 'El dardo en la palabra', escandalizado por el éxito de la expresión. Hoy, además, los largos etcéteras parecen quedarse ya cortos y muchos se ven en la necesidad de multiplicar los etcéteras simples para engolar la importancia de sus argumentos. A quienes se acogieron entonces al engendro del 'largo etcétera', Lázaro propuso que les preguntáramos como cuánto de largo era. Por mi parte, a quienes se acogen ahora a los etcéteras repetidos, propongo que les preguntemos con cuántos se conformarían. Pues sepan que, los etcéteras, ni largos ni cortos, ni muchos ni pocos, basta con uno solo, no en vano encierra ya en sí mismo todos los quilómetros y millares que cada cual necesite.